

Eso que dicen que los perros son lobos domesticados es verdad. Los lobos saben quién es bueno y quién es malo, quién tiene intenciones retorcidas y quién es de corazón puro. El lobo mira a los ojos y reconoce en ellos las perrerías de otros, pero también la buena fe. Entonces decide si hacer daño o dejar pasar.

Había una vez un lobo solitario que recorría montes y valles. Era solitario por obligación, porque la manada a la que pertenecía había ido desapareciendo poco a poco, algunos por viejos, otros a causa de accidentes desafortunados, como el hermano que se despeñó persiguiendo una cabra, otros bajo la escopeta de un cazador en busca de una pieza exótica o de los palos de un pastor vengativo. Y como este lobo era solitario, siempre andaba con hambre y en su costillar marcado cualquier buen observador podía distinguir los órganos internos del animal. No se le daba bien cazar ni asustar y había asumido que los últimos días de su vida iban a ser un consumirse lentamente, hasta hacerse uno con la tierra. Una noche iba husmeando por el bosque, siguiendo el rastro de un hombre, con la esperanza de que dejara en el camino algún resto de comida. Lo seguía de cerca, tal vez demasiado cerca, porque el hombre, después de recorrer un tramo no muy largo, comenzó a aminorar la marcha,

paró en seco y se volteó. Hombre y lobo se quedaron mirándose fijamente. El lobo reconoció el miedo y la bondad en los ojos del hombre. Al hombre le dio pena un lobo tan flacucho y despeluchado. Tomó la hogaza de pan que llevaba bajo el brazo, partió un trozo y se lo ofreció al lobo, dejándolo en el suelo a pocos metros de él. Retrocedió otros tantos y esperó a que el animal comiera su pedazo de pan. El lobo acompañó al hombre, que le iba dejando sus buenos trozos de pan en el camino, hasta el final del bosque, y decidió quedarse por la zona por si el hombre volvía. Y volvió. Volvió muchas noches. El lobo lo esperaba, el hombre le iba dejando el pan, que a veces untaba de tocino, otras de leche, y juntos recorrían el bosque. Hasta que un día, el hombre desapareció. El lobo le estuvo esperando, noche tras noche, porque tenía hambre, pero también porque se había acostumbrado a los bellos sonidos que el hombre emitía cada vez que salía al camino a saludarlo, a sus pisadas que marcaban el ritmo del recorrido, a verle darse la vuelta al final del bosque y hacer su despedida: el hombre levantaba la mano y el lobo se sentaba en la linde hasta que lo veía desaparecer.

El lobo siguió merodeando por el bosque, por si aparecía otro hombre amable a quien acompañar. Pasaron los días, pasaron los

meses y llegaron otros hombres, en manada. El lobo los observó y enseguida se dio cuenta de que no se podía acercar a ellos. Estaban en el bosque buscando algo, seguramente una presa. El lobo recordó las batidas en las que murieron algunos de los suyos, sus cuerpos despedazados por las balas y sus pieles arrancadas por los cuchillos, los buitres comiendo sus entrañas. Pocos días después vio cómo dos de esos hombres arrastraban por el suelo a otro hombre que no se movía, pero aun así, le dispararon en la cabeza y le propinaron patadas. Y abrieron un agujero grande al pie de un roble y lo echaron ahí y taparon el agujero. El lobo no necesitó escarbar para saber que ese hombre que yacía ahora bajo tierra era aquel que había compartido su pan y las noches del bosque con él. Y sintió que toda su hambre atrasada se despertaba y que su olfato le pedía sangre y vísceras. Siguió el rastro de los dos hombres y los encontró muy cerca, tumbados bajo otro roble, descansando del esfuerzo. Y olió la sangre del otro en ellos.

No lo vieron llegar. No les dio tiempo a coger sus armas ni a salir corriendo. El primero, todavía sentado, ni siquiera pudo ver que eso que tenía encima era un lobo arrancándole de cuajo la yugular. El otro sí lo vio y se incorporó e intentó salir corriendo,

pero el lobo lo alcanzó por detrás, lo tiró al suelo y clavó las fauces en su cara según se daba la vuelta para defenderse. Le tocó a él la muerte más lenta, más dolorosa, ver con sus propios ojos cómo el lobo entraba a dentelladas en sus entrañas. El del lobo fue un trabajo lento, glotón, que duró hasta que llegaron los buitres y él, con la generosidad del que está saciado, abandonó a esos dos hombres de los que después sólo encontrarían las culatas de sus fusiles.

Eduarne Portela, *Los ojos cerrados*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2021, pp. 37-39.